

HIJAS DE EVA AUNQUE NO DESTERRADAS. EVA EN EL MITO ADÁMICO Y LA CULPA EN LAS MUJERES QUE HAN PADECIDO VIOLENCIA DE GÉNERO

Estela Clara Grignola

Maestría en Teología Latinoamericana

OBJETO DE ESTUDIO.

La temática de esta investigación se conformó como producto de la escucha de relatos de mujeres de América Latina que han padecido abuso en su infancia y continuaban siendo violentadas por sus parejas. La experiencia se fundamentó en entrevistas personales, acompañamiento a un grupo terapéutico para mujeres que habían sido abusadas y la experiencia de Ejercicios Espirituales. Ellas mismas manifestaron que seguían sosteniendo y tolerando esta situación por considerar que su destino es sufrir como un hecho natural simplemente por ser mujeres. Tenían un convencimiento de que el sufrimiento es el destino de las mujeres y la razón de haber venido a este mundo. Convencimiento que se refuerza y sostiene desde el ámbito religioso como la voluntad de Dios para ellas. Se percibe también que esta creencia está sostenida por lo inculcado desde el ámbito eclesial, siendo los pastores de sus respectivas Iglesias quienes siguen transmitiendo un mensaje semejante.

ESTADO DE SITUACIÓN DEL TEMA ESTUDIADO.

Ante las narraciones de las mujeres, se presentan las interrogantes sobre ¿cuál es la imagen de Dios que ellas perciben?, ¿qué Dios es el que les pide esta actitud de sacrificio y sometimiento? y ¿qué imagen de Dios han recibido para creer que tienen que soportar tanta violencia en su nombre y según su voluntad?

Transitando este trayecto con estas mujeres que han realizado un camino de sanación de esta situación traumática, fui percibiendo que aquella afirmación inicial de padecer esto con naturalidad y por mandato divino, con el tiempo fue cuestionado por las mismas mujeres. En el proceso aparece el enojo, la ira y la rebelión, incluso hacia Dios mismo como parte del proceso de curación. Luego surge una ulterior etapa de aceptación y liberación para dar paso a la reconciliación con lo ocurrido, con ellas mismas, con los perpetradores y con Dios.

No obstante, aun haciendo este camino de sanación y reconciliación, hay algo que permanece como un denominador común en las mujeres.

Este denominador común es el sentimiento de culpa: la culpa de ser mujeres, la culpa de ser consideradas ancestralmente seductoras y tentadoras. Aun al haber sido niñas indefensas y ser abusadas, sienten culpa; siendo buenas esposas y compañeras, sienten culpa de ser mujeres y no ser lo suficientemente “hijas de Dios”. Junto con la culpa deviene también la vergüenza. De esta forma, tienen culpa y vergüenza no por algo que han hecho o por errores cometidos, sino culpa de “ser”, de existir y de ser objeto de abuso y violencia, es decir, culpa y vergüenza por tener cuerpo de mujer, por ser peligrosa y atractiva para el varón.

Desde esta perspectiva, surge en esta reflexión la figura de Eva como origen de las desgracias de la mujer y culpable de tentación y de seducción hacia el varón, ello como construcción cultural y religiosa.

CONCLUSIONES: VALORACIÓN Y ORIGINALIDAD DE LA PROPUESTA.

Estas mujeres habían iniciado y continuaban un camino de sanación desde el aspecto psicológico, histórico y espiritual. En el decurso del camino del grupo terapéutico pude observar el proceso que vivieron liberándose de las consecuencias del abuso y la violencia, y sanando a mayor profundidad heridas de estas situaciones. La conexión de la condición de mujer con la corporeidad es un elemento que se vio cargado de significatividad en lo recabado de testimonios. Sentían culpa por haber sido abusadas, por haber sido violentadas. Ante la pregunta: ¿culpa de qué o sobre qué? una mujer expresó: “culpa de haber quedado ‘manchada’, de sentirme

sucia”. Una mujer reveló: “culpa de no haberme defendido”, pero esta mujer había sido abusada a los seis años por su hermano y sus primos, ¿qué hubiese podido hacer una niña de seis años con un adulto y dos jóvenes? Sin embargo, la culpa de la víctima es la que se desplaza y queda impregnando la vivencia traumática. Por eso hemos compartido con ellas una mirada renovada y actualizada en la primera semana con una hermenéutica diferente sobre el relato de Génesis 2 y 3.

Desde las concepciones arcaicas de lo religioso, en ese contexto pareciera que Dios mira acusador a su hija Eva, quien representa tamaña tentación para el hombre. En el mejor de los casos, la mujer siente, según un testimonio: “que esta prueba me la mandó Dios para que pague mis pecados”. Ante lo cual podemos cuestionarnos: ¿qué pecados tenía una niña de ocho años? Y ¿qué Dios manda pruebas de esta índole a una mujer para salvarla?

Los dos textos de anclaje que reflexionamos juntas fueron el de Génesis 2-3 y el texto de la mujer con hemorragias que encontramos en Marcos 5, 24 b-34. Hijas de Eva, no desterradas; mujeres que por ser víctimas de abuso fueron expulsadas de su tierra, es decir, de sus raíces, de su territorio existencial y de su dignidad creatural, ¿cómo devolver la tierra a las víctimas de abuso? y ¿cómo recuperarlas de su exilio?

En este entramado que se ha conformado con los años de naturalización de la violencia hacia la mujer, el cuerpo se encuentra como espacio de violencia y sometimiento. En este contexto, se ve necesario

este camino de superación del mito adámico que oculta sus propios miedos en la figura de la mujer como Eva tentadora. De este modo, ante esta realidad que desborda los propios temores que entraña el símbolo mítico de Eva, se siguen sosteniendo mecanismos de poder y control sobre la mujer como personificación y concreción de este mito. Superar el mito adámico no sólo es necesario para que las mujeres vivan desde un lugar propio en la sociedad, sino que esto tiene consecuencias en la praxis, va mucho más allá de la misma sociedad. Colocar estas estructuras en los varones es simplificar la realidad. Las estructuras y sistemas machistas y patriarcales nos impregnan a todos y todas, también a las mujeres que continuamos perpetuando esquemas de sometimiento y marginación hacia nosotras mismas, siendo cómplices de nuestros propios sometimientos. Esas son nuestras peores hemorragias. Si se percibe la corporeidad de la mujer como algo perturbador con posible provocación del caos, es necesario mirar de frente los miedos que el cuerpo femenino representa en las simbologías que aún nos habitan en la Iglesia y en la sociedad.

Por último, desde el pensamiento teológico hemos considerado la realidad teleológica del sufrimiento y la crucifixión de Jesús, tanto desde la clásica mirada de sacrificio expiatorio como también desde el enfoque liberador del Pueblo Crucificado.

En este recorrido quise expresar la necesaria y fundamental confirmación que la mujer ha vivido la experiencia del abuso en su niñez

y la violencia de mujer adulta que permanece como una constante de sufrimiento y padecimiento. La capacidad de mirar más allá del mito adámico y de percibir a la humanidad plenificada en la mujer en su totalidad, con su corporeidad, es una deuda que necesitamos saldar. El cese de la violencia contra la mujer es necesario para poder percibirla en su dignidad que le es propia por creación y por ser rostro de Dios mismo.

Jesús mostró el modo de relaciones justas y en equidad; Jesús se relacionó con las mujeres desde un lugar de personalización mostrándonos el rostro de Dios en ellas y quebrando los parámetros de su tiempo. Este nuevo modo de relacionarnos implica un anuncio del Reino, de los cielos nuevos y la tierra nueva; de este tiempo kairótico de ser todos y todas uno en Él.

POSIBLES VÍAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN ABIERTAS A PARTIR DE ESTA PROPUESTA

En esta vivencia, las mujeres han podido experimentar esta sensación de mancha y culpa, así como de encierro sin salida en un cuerpo que ha sido simbolizado como pecado y tentación, pero han tenido una experiencia de Dios que sana y salva y las conecta con su propia dignidad. Desde esta experiencia, el grupo de mujeres en cuestión han continuado como grupo y han organizado espacios para otras mujeres. Ellas desean compartir con otras aquella experiencia de sanación y liberación que ya han vivido. Este es un camino que continúa y sigue en proceso.

Considero que una posible vía de investigación futura puede ser

seguir este proceso de percibirse como un cuerpo mancillado a un cuerpo percibido en dignidad y en pleno ser Hija de Dios. Hemos reflexionado sobre la categoría de Pueblo Crucificado según Ignacio

Ellacuría, considero que es necesario continuar con la categoría de Pueblo Resucitado con este colectivo de mujeres que se perciben como aquellas que han salido del lugar de victimización al de sobrevivientes.

